

Quién tiene el poder?

En invierno se cenaba exactamente a las 20:30 horas. Ante el grito/llamado de mamá o alguna de mis hermanas desde la puerta de la casa, los más chicos dejábamos de jugar a la pelota, las escondidas o la guerra entre los árboles del baldío; los medianos apagaban presurosos sus cigarrillos y arrancaban varias hojas de limón del árbol que los protegía para sacarse el gusto de la boca; los grandes nunca supe donde estaban pero caían a esa hora. Con el tiempo supe que noviando.

Para las 21 horas todos habíamos concluido la cena, alguno pedía permiso para levantarse y ante la concesión otorgada los siete hermanos corríamos hasta el hall de entrada donde estaba la TV. Yo era el séptimo, se imaginarán que solo tuve el derecho –o la posibilidad- de sentarme en alguno de los dos sillones cuando se casaron los cinco primero. Por suerte en esa época se casaban, sino seguía en el piso.

Sinceramente no tengo el menor de los recuerdos de cuál era el programa que se veía, al menos en ese horario. Claro, pensándolo, creo que nunca lo vi por lo que paso a contarles.

Estoy seguro que todavía no iba a la escuela (porque a los demás les preocupaba acostarse tarde y a mi no). Ahí está, corría el '63 o '64.

Mis dos hermanos mayores sentados en los dos sillones bien enfrentados a la estufa hogar. Tenían todo, comodidad, calor y TV. Los que seguían –tercera, cuarta y quinto- ocupaban sillas y peleaban el lugar equidistante entre el fuego y la TV. Al sexto, Agustín, que me ganaba por trece meses era “enviado” a la ventana, la que debía abrir apenas unos centímetros; los suficientes para poder hablar y escuchar, a la vez que impedir que los hermanos mayores pasaran frío. ¿El séptimo?... sí, yo. A mi me mandaban al patio donde había una torre que apoyaba en el piso y se elevaba metros y metros hacia el cielo, era altísima, tanto que para ver el final mi cabeza tenía que echarse hacia atrás y asirme de la torre con las manos para no caerme de espaldas. En el extremo, coronada por nítidas y brillantes estrellas había una parrillas de aluminio de dos por un metro aproximadamente: era la antena, la que captaba la señal.

A unos 20 o 30 centímetros más arriba de mi cabeza había una manija con una rueda por donde pasaban alambres. Al hacerla girar –para lo cual había que hacer mucha fuerza-, la antena se movía hacia la derecha o la izquierda, según el sentido del movimiento de la manija.

¡Esa era mi tarea!, por la que me elogiaban y felicitaban y yo –qué boludo- contento por ello a pesar de haberme cagado de frío durante 15 o 30 minutos todos los días y uno o dos inviernos.

¡Esa era mi tarea!, del primero al quinto le decían al sexto que estaba en la ventada –abierta para que pase la voz pero no mucho para que no pase el frío- que me diga a mí –el séptimo- que moviera despacio la antena.

- ¡Dale, ahora! - y yo empujaba con mi manito de cinco o seis años...
- ¡Pará boludo!, ¡Hacé un poco para atrás!

Yo no entendía por qué. No sabía que pasaba. Claro, después entendí. Cuando iba girando la antena la TV comenzaba a verse bien, llegaba a un punto que se veía perfecto y un centímetro más –sólo eso- volvía el revuelto de imágenes con lluvia, ruido y puteadas – ahora sí- del primero al sexto. Todos hacia mí, al séptimo.

Retrocedía lentamente, pero el centímetro se convertía en diez. Parece que la señal ahora no estaba donde tenía que estar. ¿Por qué? Desarrollé dos teorías. Primero me imaginé –y esto es correcto-, que mi centímetro de abajo no era igual o no generaba un centímetro arriba. El asunto no estaba muy digitalizado, los alambres se estiraban, faltaba aceite y patinaban, etc.

Mientras pensaba todo esto recibía otro afectuoso mensaje:

- ¡Para el otro lado, infeliz! ¡Dale, boludo que nos perdemos lo más importante!

Supongo que mi madre estaba limpiando la cocina y mi padre –casi seguro-, ya se habría acostado, de lo contrario no hubieran permitido tales tratos de mis mayores y tanto frío por la maldita antena y mi rol de motor rotativo. Y ahí va la segunda teoría, la más fantástica y tecnológica: ¡a la señal de la TV la movía el viento Y con eso no podía luchar... Los demás, ignorantes de mi descubrimiento, me seguían dando órdenes y yo empezaba a gozar moviendo la antena para cualquier lado, pero sin que se den cuenta.

Era boludo sí, pero no para tanto... me aplicaban el poder pero “yo tenía el poder” de las tecnologías de la información y la comunicación de 1963/64. Yo, “el séptimo”, nunca supe qué vieron, pero ellos lo vieron para el culo.

Tomás Eduardo Landivar